

ta entonces: en su indignación parecia el angel San Miguel lanzando á los otros ángeles rebeldes: y era tan grande como al frente de los escuadrones de la guardia. Duradin no osaba moverse, pero acechaba la ocasion de poder hablar nuevamente, leyendo en el rostro del guerrero todas las pasiones de su alma. Murat echó una mirada de desden al orgulloso Duradin y se recostó en el sofá.

Media hora ó mas permaneció el buen *cicerone* en su puesto, sin osar desplegar los labios, pero estudiando cuidadoso la fisonomía del gran duque: al cabo de la media hora se aproximó un poco al sofá, y dijo con voz conmovida.

—Monseñor.

—¿No os habeis marchado?

—Tenia que hablar á V. A. sobre la amada de Luis Daioz.

—A este nombre se estremeció el gran duque ligeramente, y dijo á Duradin.

—Hablad.

—Es dama de ilustre nacimiento y se llama Elisa Tellez.

—Me arrebató el ramo de flores, dijo el gran duque para sí, y yo tomo cumplida venganza arrebatándole la dama. Y prosiguió alzando la voz Duradin, ¿en dónde podré verla?

—En cualquier salon aristocrático.

Iba á replicarle Murat, cuando entró su ayuda de cámara con un grueso pliego en la mano. Se adelantó rápidamente hasta el sofá y entregó el paquete al gran duque. Rompió el noma al punto Murat, y tomando un pequeño billete leyó para sí.

» Madrid 26 de marzo de 1808.

» Señor mi hermano: mi madre me envia
 » la adjunta carta para que os la remita y la
 » conserveis. Hacernos la gracia, querido mio,
 » de no abandonarnos: todas nuestras esperanzas
 » estan en vos. Concededme el consuelo de ir
 » á ver á mis padres. Respondedme alguna cosa
 » que nos alivie y no os olvidéis de una amiga
 » que os ama de corazon.—María Luisa.—
 » P. D. Yo estoy enferma en la cama con algo de
 » calentura por lo cual no me vereis fuera de
 » mi habitacion.» (1)

Murat despidió al cicerone con ademan indiferente, y fijó toda su atencion en el pliego que venia adjunto al franco y sencillo billete de su amiga la reina de Etruria. Era aquel una larga carta escrita por la reina madre á su hija, pero en realidad dirigida al príncipe gran duque de Berg. En ella pedia, como siempre, por su pobre amigo Godoy, hablaba mal del rey su hijo, recomendaba á su *pobre hija Maria*

(1) Monitor del 5 de febrero de 1810.

Luisa, que no es amada de su hermano, y quedaba esperándolo todo del patrocinio del gran duque.

El cuñado de Napoleon no habia presumido hasta entonces de distinguido ni hábil diplomático y estaba loco de contento con el giro que iba tomando su correspondencia secreta. Bajo el influjo de estas ideas mandó á Geragny que le tragera un uniforme de comandante, se lo vistió apresuradamente y envolviéndose en una capa salió al punto de su palacio.

Durante el entretenimiento del gran duque con Duradin estaba la reina de Etruria en su lecho, aquejada por la calentura de que habló á Murat en su billete. A pesar de la enfermedad esperaba con impaciencia á su predilecta camarista, hermosa jóven florentina que la habia seguido hasta España. Giovanna, que así se llamaba, no se dejaba ver aun y la inquietud de María Luisa iba creciendo por momentos.

—¿Si habrá sido mi camarista, se decia la reina de Etruria, detenida de órden del rey y las cartas que conducia se encontrarán en su poder? ¿Si algun infame delator habrá descubierto á mi hermano la secreta correspondencia que tenemos con Murat, y en este momento Giovanna, conducida á presencia del rey estará diciendo cuanto sabe? ¡Qué me irá á suceder,

¡Dios mio! La calentura se me aumenta, y si tarda mucho Giovanna, me voy á morir de inquietud.

La reina de Etruria se apuraba, pero á la verdad sin fundamento. Giovanna salió de palacio sin que nadie la preguntase el motivo de su salida, y llegó sin inconveniente al alojamiento del gran duque. Preguntó por Mr. Geragny, salió á recibirla el ayuda de cámara, le entregó el pliego para el príncipe, y se volvió al punto á palacio: mas antes de llegar á él tuvo un inesperado encuentro.

Un hombre de mediana edad, elegantemente vestido y con trazas de calavera, se llegó á la jóven florentina, y deteniéndola la dijo.

—Giovanna, ¿quieres explicarme, por Dios, estas misteriosas salidas?

—Conde: murmuró la italiana.

—No te turbes, Giovanna, no; porque tu turbacion será una prueba de tu delito, y explícame.....

—Déjame, conde, por piedad: me estará esperando la reina y.....

—Yo tambien espero, Giovanna, que me expliques ese misterio. Tambien espero.....

—Por Dios, conde, déjame marchar.

—No, sin que me expliques.....

—Vengo del palacio de Murat.

—Eso ya lo sabia yo, Giovanna, porque te he

visto salir de él: ¿pero á qué has ido á ese palacio?

—No puedo decírtelo, conde.

—Una muger linda como tú, ir al palacio de un buen mozo y no poder decir á que, da, Giovanna, que sospechar.

—Estoy al servicio de la reina.

—Para un amante, bella Giovanna, no hay secretos de estado nunca.

—No puedo decirte.....

—Bien, Giovanna. ¿Piensas engañarme con pretextos mas ó menos especiosos? bien. En una noche hermosa y clara nos vimos la primera vez en los deliciosos jardines del palacio de Aranjuez: ¿te acuerdas? en una noche oscura y triste nos despedimos para siempre junto al palacio de Madrid.

El conde hizo ademán de irse, pero Giovanna le detuvo.

—Espera, por Dios, espera, conde, y todo lo sabrás.

—¡Giovanna!

—Te juro por lo mas sagrado, por la memoria de mi madre y por mi propia salvacion, que he llevado al gran duque un pliego de S. M. la reina de Etruria.

—¿Es el primero que has llevado?

—No. Es el segundo.

—Sutilizas cada vez mas para engañarme mejor, Giovanna.

—¿Qué prueba quieres?

—Una prueba muy fácil de dar ciertamente; pero la única, bella Giovanna, que me dejará satisfecho.

—Habla, conde.

En este momento vieron pasar á un embozado, y Giovanna dijo á su amante.

—Te daré la prueba que quieras pero déjame marchar al punto. Ese embozado que va allí es Joaquin Murat, querido conde, y debo antes llegar que él al cuarto de la reina de Etruria.

—Adios, Giovanna: dijo el conde. Mañana á la noche nos veremos.

Giovanna partió como una corza, subió al vuelo las escaleras, cruzó varias habitaciones y entró en la alcoba de la reina.

—¿Qué te ha sucedido, Giovanna? dijo agitada María Luisa.

—Nada, señora.

—¿Has entregado....

—Sin el menor inconveniente, y el gran duque viene hácia aqui.

—¿A qué hora llegará?

—Señora, ya estará subiendo la escalera.

—Sal á recibirlo, Giovanna, y conducelo con misterio.

La florentina se alejó y encontró al gran duque de Berg en el final de la escalera. A pro-



pósito llegó Giovanna, pues Murat estaba indeciso temiendo ser reconocido: la florentina se llegó á él, le agarró la mano con misterio, y le condujo, sin hallar obstáculos hasta la alcoba de la reina.

—¿Cómo estais, mi querida hermana, dijo Murat á María Luisa?

—Bastante mal, querido mio; me incomoda la calentura, y solo por vos y por mi madre hubiera tomado la pluma para escribir las cuatro líneas que mi camarista os llevó. ¿Pero qué haceis?: tomad asiento y que no sea nuestra entrevista tan corta como de costumbre.

—Mucho gusto tendré, hermana mia, en que se prolongue algun tanto.

Murat arrojó su capa en un sillón, tomó asiento en otro, y Giovanna se retiró, como prudente. La reina de Etruria se incorporó sobre su lecho, dejó flotar sobre su espalda una poblada cabellera y dijo al gran duque.

—Anhelaba una prolongada conferencia.

—Tengo tanto gusto, hermana mia, en conversar con vos que siempre anhele lo mismo.

—Vos, hermano, teneis un millar de distracciones, y no os acordareis de mí: pero yo que me encuentro sola en medio de una córte estraña y bajo el amparo de un hermano, que continuamente me espia, no separo de mi memoria á mi amigo el gran duque de Berg.

—¿Seguramente echareis menos á vuestros padres?

—Sí, Murat: pero tambien echo de menos una corona y una córte que se prosternaba á mis pies. ¿Qué quereis hermano? Un guerrero tiene bastante con su espada; porque una espada poderosa, como la vuestra por ejemplo, honra mas al que la maneja que los cetros de cien monarcas: pero una muger necesita un cetro para que la respeten y para halagar su vanidad.

—Una dama como María Luisa no necesita la corona para imperar.....

—Gracias, gran duque. Por desgracia todos los hombres no son tan galantes como vos. ¿Cuándo tomaremos posesion del reino de la Lusitania septentrional?

—Señora, si yo hubiera de disponerlo reinarías sobre todo el mundo, pero esas árduas decisiones se las reserva mi cuñado. Por lo demas no debe estar lejos el dia; Junot ocupa el Portugal, y se procederá muy pronto á la reparticion: aunque la renuncia de vuestro padre y la prision de su ministro han complicado este negocio.

—Si á S. M. el emperador y rey de Italia conviniera ser único dueño de Portugal, yo admitiria como un señalado favor, que me devolviese el reino de Etruria.

—Todo puede ser, María Luisa.

—Si vos le indicaseis, hermano, este pensamiento, quizás le tomaria alguna aficion y yo os deberia tanto, tanto.....

—Podeis mandarme, hermana mia.

—¿Escribireis al emperador, presentándole como idea vuestra lo que os acabo de decir?

—Esta noche misma, hermana mia.

—Pues no hablemos mas de mi negocio y ocupémonos de mi madre.

—Os escribe muy afligida.

—Aunque me dirige la carta está escrita para vos, hermano. ¿Por qué no pedís á Fernando la libertad del pobre príncipe?

—Mi posicion cerca del rey no es nada buena, hermana mia; mi cuñado lo sabe todo, y el pondrá á S. M. Cárlos IV en posicion de perdonar á su ministro.

—¿Esa esperanza se realizará?

—Asi lo creo, si S. M. tiene firmeza.

—¡Oh! mi padre hará cuanto querais: cuanto mande el emperador. Mi familia toda, gran duque, está en vuestras manos.

—Muy pronto podrá ponerse, María Luisa, en manos del emperador.

—¿Cuándo llega á Madrid?

—Me parece que llegará en todo este mes.

—Entonces hareis, hermano mio, el último esfuerzo.

—Vuestros padres podrán entonces mas que yo.

—¿Creeis.....

—Creo que el emperador, señora, restablecerá á Cárlos IV sobre el trono de sus mayores, á pesar de los ambiciosos que al nuevo monarca rodean.

—¿Estais seguro?

—¿No observais mi conducta con Fernando VII? Ni yo ni Beauharnais le hemos reconocido aun: y lo que es mas, yo no le he hecho ni una visita de etiqueta.

—¿Qué escribo á mi madre?

—Decidla, que pierda cuidado, que velo por su amigo el príncipe de la Paz, y que nunca consentiré que atenten á su vida. Decidla tambien, que muy pronto reconquistará el poder perdido: y decidla en fin, que Murat solo ambiciona complacerla.

—Que bueno sois, hermano mio.

El reloj del salon inmediato dió las once y Murat dijo:

—Hermana mia, nos hemos portado esta noche como dos buenos diplomáticos, y consagrado á los negocios he olvidado hablando á la reina lo que se merece la dama.

—Valgo tan poco, hermano mio.

—Sois un tesoro, María Luisa: pero un tesoro inestimable.

Murat se interrumpió un momento, y despues de contar las campanadas de otro reloj algo mas lejano, dijo:

—Dos relojes me han avisado que debo marcharme; pues permaneciendo os comprometo, y pudiera ser que el buen éxito de la negociacion tambien.

—¿Cuándo querrá Dios, hermano mio, que nos veamos con libertad?

—Cuando vos reineis en Etruria y en este palacio vuestro padre.

La reina tendió á Murat su mano, y éste la besó galantemente: pocos momentos despues Giovanna condujo al bizarro gran duque hasta la puerta del palacio.



CAPITULO VII.

Manuel.

Recordarán nuestros lectores que en la entrada del rey Fernando venia acaudillando Manuel unas cuantas docenas de hombres idólatras del nuevo rey, que desde Aranjuez le escoltaban poblando el aire con sus vivas. Cuando estuvo el rey en palacio se llegó á Manuel el personage que le saludó en el café, y le dijo:

—Toma esta carta: ve á mi casa, monta á caballo, y entrega la carta en Aranjuez á quien va dirigida.

—Bien ¿y debo esperar la respuesta?

—Aunque sean tres meses.

—Está bien.

—No necesito repetirte que guardarás el mayor secreto y que nadie sabra tu viage.

—Está muy bien.

—Toma, para lo que te ocurra.

El personage entregó una bolsa al buen mozo, y éste se apresuró á poner en práctica cuanto le habia ordenado aquel.

Este repentino viage dió motivo á las inquietudes de Dolores, y sirvió á la vieja para sus tristes adivinaciones y sus brillantes vaticinios.

En tanto que el gran duque de Berg y su amiga la reina de Etruria conversaban sobre negocios para los dos interesantes, Manuel aguijaba su caballo para llegar pronto á Madrid. El bruto se mostraba dócil al estímulo del acicate, y entraba á las once de la noche por la puerta de Atocha. El buen mozo se dirigió inmediatamente á la casa del personage que le encargó la comision, entró sin el menor obstáculo, y puso en sus manos una carta, respuesta á la que habia mandado á Aranjuez.

—Bien, Manuel, dijo el personage despues de haber leído atentamente la carta: bien, Manuel: eres todo un hombre.

—¿Tiene V. E. que mandarme?

—No. Puedes retirarte á descansar. ¿Te hace falta dinero?

—Señor, me dió V. E. hace tres dias un bolsillo muy bien repleto, y no tiro el oro.

—Bien, Manuel, puedes retirarte á descansar.

Manuel se alejó en el instante, y se dirigió rápidamente hacia la casa de Dolores.

La jóven estaba sentada junto á una gran mesa de pino, apoyaba el codo en la mesa, y sobre su mano la frente. Anchas lágrimas se desprendian de sus hermosos ojos negros, y rodaban por sus mejillas, como las gotas de rocío por el pétalo de una flor. Los pensamientos de Dolores eran amargos y sombríos, su corazon latia con violencia y sus crispados dedos se hundian en sus mejillas y su frente. Sus labios pronunciaban voces entrecortadas é inconexas, y algunas veces de su pecho se escapaba un ronco gemido, muy semejante al estertor. A su abatimiento moral se sucedia rapidamente una nerviosa contraccion: se levantaba casi loca: abria la puerta, las ventanas y despues se volvía á su asiento, repitiendo siempre.

—No era él.

Cuando estaba mas abatida, oyó dos golpes á su puerta; alzó la frente, pero luego la volvió á bajar como diciendo: «para qué abrir sino es Manuel.»

Otros dos golpes resonaron, Dolores se

levantó entonces, cruzó con rapidez la estancia, abrió la puerta y se encontró con el amante que esperaba. Un relámpago de alegría brilló en los ojos de la jóven y tendió los brazos á Manuel: éste intentó arrojarse en ellos; pero el relámpago de alegría que iluminó el rostro de Dolores pasó como pasa el relámpago, y sus brazos quedaron cruzados sobre el pecho. A este movimiento repentino retrocedió el jóven, Dolores le tomó la mano y le condujo en triste silencio á la sala. La jóven ocupó la silla que habia dejado poco antes, y señalando otra á su amante, prosiguió en el triste silencio que hasta entonces habia reinado.

—¿Qué tienes, Dolores? preguntó el buen mozo con amargura.

La jóven levantó la cabeza, le miró con glacial ironía y le replicó.

—Nada tengo. ¿Te parece á tí que hay motivo para que yo esté disgustada?

—Aparentemente quizás sí; pero en realidad no, Dolores.

—Las apariencias que asesinan son una triste realidad.

—Pero acaban las apariencias y tiene término el dolor.

—Un puñal que se hunde en el pecho sale pero deja la herida.

Manuel se levantó de un saltó y quiso abrazar á Dolores, la jóven le rechazó y dijo con una salvage fiereza.

—Aparta, Manuel, nuestros brazos no se enlazarán nunca, nunca.

—¡Dolores!

—Nuestros corazones no latirán jamás unidos.

—¡Dolores!

—Y nuestras palabras, Manuel, se cruzarán muy pocas veces.

Manuel retrocedió confuso y ocupó de nuevo la silla: Dolores prosiguió.

—Nuestras miradas no se cambiarán con frecuencia.

—¿Qué tienes, Dolores?

—Nada, nada. Pero por qué mentir, Manuel. Tengo un tósigo en mis entrañas que me está matando, una pena que me asesinará, que no me deja respirar.

—¡Dolores!

—¡Oh! Si penetrases en lo profundo de mi alma, si vieras la lucha terrible que la despedaza y aniquila, te daría miedo y compasion.

—Tú estás loca, Dolores, loca.

—Sí, estoy loca. Siento una confusion de ideas sintoma claro de locura: mi cerebro quiere romperse, y tengo en mi frente un volcan.

—¿Pero qué causa?

—Calla , calla , no me preguntes el motivo. Si tienes corazon, pregúntale; si tienes conciencia, consúltala, y ellas responderan por mí.

—Tengo un corazon tan leal como el de una madre para un hijo , tengo una conciencia tan pura como la de un niño de seis meses : á los dos pregunto , y ninguno me acusa de crimen, Dolores.

—Calla , Manuel , no añadas por Dios á la ofensa nuevos insultos. Hemos convenido en que estoy loca , respeta mi amarga locura , y no aumentes mi frenesí con tus insultantes palabras. Eres hombre , Manuel , eres hombre y reputado por valiente : un hombre no debe gozarse en el dolor de una muger , un valiente jamás abusa de la inferioridad del débil. Huye, Manuel, de mí, y no aumentes con tu presencia mi delirio.

Bien conocia Manuel la causa de las inquietudes de dolores, le era facil desvanecerlas pronunciando algunas palabras, pero una solemne promesa sellaba los labios de Manuel que jamás faltaba á su palabra. Deseoso de desvanecer las terribles penas de su amada, acercó su silla á Dolores , la cojió una mano y la dijo.

—¿Has tenido siempre confianza en la santidad de mi cariño?

—Sí, Manuel. Sin esa firme persuasion me hubiera muerto.

—Bien, Dolores. ¿Me has amado siempre con delirio?

—Mas que se puede amar á un hombre: como se debe amar á Dios.

—¿Y ahora no me amas?

—Si te amo.

—¿Y ahora no crees en mi cariño?

—No, Manuel.

—¡Dolores, Dolores!

—¿Quieres que mienta?

—No, jamás. ¿Pero que pruebas necesitas para tener de nuevo fé en nuestro cariño?

—¿Cabe prueba contra la evidencia?

—¡Dolores!

—Pero mira, Manuel, te amo; y desearia poder convencerme. ¿Qué prueba me darás Manuel?

—La que tú exijas: aunque sea el sacrificio de mi vida.

—No exijo tanto, no, Manuel: me contento con una palabra. ¿En dónde has estado estos dos dias?

Manuel inclinó la cabeza y guardó profundo silencio.

—¿No me has entendido, Manuel? ¿En dónde has estado estos dos dias?

El buen mozo no replicó; Dolores prosiguió.

—Manuel, me has ofrecido responderme y

asi no cumples tu palabra. ¿En dónde has estado estos dos dias?

Manuel se pasó la mano por la frente y lanzó un profundo suspiro.

—Ya estan convertidas, dijo Dolores soltando la mano de su amante, en realidad las apariencias.

—¡Ten compasion de mí, Dolores! exclamó Manuel, arrodillándose. He pasado dos dias eternos, dos dias de duelo y amargura lejos de tí, Dolores mia, pero no puedo decirte ahora lo que ha pasado en ellos.

—Manuel.

—No formes falsas conjeturas: una palabra me prohíbe satisfacer tu justo deseo, y el hombre que falta á su palabra es un cobarde.

Dolores dirigió á su amante una mirada indagadora, y despues le dijo.

—Manuel; ¿y el hombre que miente es un cobarde?

—Un cobarde mil y mil veces, y un infame tambien, Dolores.

—¿No puedes decirme en dónde has estado estos dos dias?

—Te repito que no, Dolores.

—Pues júrame por cuanto ames que no has salido de Madrid.

El buen mozo ocultó su rostro entre las ro-

dillas de su amada y guardó profundo silencio: la jóven prosiguió.

—¿No me oyes? Júrame por Dios y por tus padres que no has salido de Madrid.

Manuel no desplegó sus labios; pero sus dientes se chocaban en dolorosa convulsion: Dolores alzó con sus manos la cabeza del infeliz, le estuvo mirando fijamente y le repitió con voz siniestra.

—Ya estan convertidas en realidad las apariencias.

—Ten compasion de mí, Dolores: repitió el buen mozo á su vez. He pasado dos dias eternos, dos dias de duelo y amargura, lejos de tí, Dolores mia, pero no puedo decirte ahora lo que ha pasado en ellos.

—Si. Bien sé que no puedes decirme lo que ha sucedido. Manuel, bien sé que no tienes valor para mirarme frente á frente: bien sé que no osarás decirme. «Perdona, Dolores, te he ofendido.»

—¿Ofenderte yo?

—Sí, Manuel; pero no te atreves á decirlo porque á una muger como yo no se la ofende sin matarla. ¿En dónde está la valentia de que has hecho continuo alarde? Eres un cobarde, Manuel.

Manuel se levantó de un salto, brotando

llamas por los ojos, y exclamó con voz estertoria.

—¡Soy un cobarde!

—Sí, Manuel.

—¿Cuándo me has visto temblar, Dolores, ante los agudos puñales?

—Nunca, Manuel; pero es mas facil presentar el pecho á un puñal que ponerse con faz serena ante una muger ofendida.

Los airados ojos de Manuel se suavizaron de repente, porque conocia los tormentos que estaba sufriendo Dolores; se acercó á ella con humildad y la dijo.

—Ten confianza en un hombre que nunca miente: ya te he dicho que una promesa me cierra los labios, Dolores; compadéceme y cree que te amo.

La jóven quedó pensativa, recordó cuanto la vieja le habia dicho y levantándose de pronto, dijo á Manuel.

—Pon tu diestra mano sobre mi corazon.

—Ya está.

—¿Cómo late?

—Con gran violencia.

—Pues, late por tí solamente. Conserva tu mano como está, y déjame poner la mia sobre tu corazon, Manuel.

—Ponla Dolores. ¿Cómo late?

—Con gran violencia.

—Pues late por ti solamente.

—Estoy inclinada á creerlo; pero respóndeme á esta pregunta. ¿Me juras, por estas razones que estan latiendo á un tiempo mismo, que no has tenido en estos dias ninguna entrevista secreta con una muger jóven y hermosa?

Manuel no desplegó sus lábios, pero sin poder contenerse levantó la mano que oprimia el ardiente corazon de Dolores, la jóven le imitó á su vez: su frente se alzó con orgullo, y en sus ojos se retrató aquella indómita fiereza que habia subyugado á Murat.

—Dolores, murmuró Manuel.

—Basta: replicó la activa jóven.

—Una palabra.

—Fuera inútil. Los lazos de amor que nos unian se han roto para no anudarse. Nada hay comun entre nosotros.

—Mi palabra, Dolores; mi palabra.

—Guárdala, Manuel, y no reunas á la infidelidad el perjurio.

—Dolores.

—Ten valor, Manuel. ¿No ves como rompo los lazos sin imutarme, sin llorar?

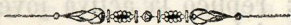
—¿No sientes romperlos?

—No, Manuel.

—¡Pues estan rotos para siempre!

Manuel sacó de su bolsil'o el que le habia

entregado el personaje. Dolores lo cojió tranquila y lo arrojó por la ventana; en tanto que salía su amante á pasos lentos de la estancia.



—Pues están rotos para siempre.
 —No, Manuel.
 —No, Manuel.
 —En valor, Manuel; los ves como rompo
 los tazos sin inmutarme, sin flaquear.
 —Dolores.
 —¿Dónde está el perjurio?

CAPITULO VIII.

El rey Fernando.

A las doce de la mañana del dia 28 de marzo se encontraba el jóven rey Fernando VII en su real cámara, reclinado sobre un sofá y profundamente pensativo. En su entusiasmo de mancebo, ciñó con júbilo la corona que habian ceñido Cárlos V el guerrero, y Felipe II el prudente, pero á los diez dias de llevarla se doblaba bajo su peso, como se dobla un frágil junco bajo la mano de un gigante.

El ánimo del rey Fernando debia encontrarse muy dispuesto á vacilaciones y dudas, nacidas de las circunstancias, de su posicion particular, y de la situacion anómala en que se

hallaba su familia. La política de Godoy había puesto á la familia real de España bajo la inmediata tutela del emperador de los franceses, y su desmedida ambición había dado pretexto á Bonaparte para introducir sus ejércitos en la España y el Portugal. El tratado de Fontainebleau allanó todos los obstáculos que pudiera encontrar el capitán del siglo en sus proyectos sobre España, y á él debe la nación una guerra desoladora aunque gloriosa. El favoritismo de Godoy omnipotente y exclusivo colocó al príncipe de Asturias en una situación precaria, y apartándolo del lugar que le correspondía de derecho, de la primera grada del trono, le hizo conspirar en secreto, no para destronar á Carlos IV, como pretendían hacer creer, sino para cortar el vuelo al arrogante favorito y precipitarlo, si era posible, desde la cumbre del poder. Godoy no se contentó con robar al príncipe de Asturias la parte que debía tener en el gobierno, ni con amenguarle el prestigio que como sucesor al trono debía rodearle; hizo más, le robó también los corazones de Carlos IV y María Luisa; le alejó en un todo de sus padres y le hizo vivir como un extraño en el seno de su familia.

Más no contento el favorito con tan señaladas ventajas, espía cuidadosamente todos los pasos del joven príncipe, sabía y comentaba sus

palabras; buscaba indicios, reunía pruebas y se presentó en tiempo oportuno como encarnizado acusador. Ocupados fueron los papeles del joven príncipe de Asturias, puesta en arresto su persona, y aunque solo se encontraron quejas contra la pesada dominación del altivo príncipe de la Paz, peticiones para acabar con su extraordinario valimiento, y medios de imponer castigo á sus repetidos desafueros, dió el débil monarca un decreto cubriendo de infamia á su sangre, para complacer al favorito (1). Este decreto debía pesar como una eterna maldición sobre la cabeza de un hijo y la mano del anciano rey temblaría sin duda al firmarlo.

Por lo que acabamos de decir se comprende que al subir al trono Fernando se encontró rodeado de obstáculos si no imposibles de ven-

(1) «Dios que vela sobre las criaturas no permite la ejecución de hechos atroces cuando las víctimas son inocentes. Así me ha librado su providencia de la mas inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis vasallos todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de veneración, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el mas enorme y el mas inaudito plan que se trazaba en mi palacio contra mi persona. La vida mia que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor que preocupado, obcecado y enagenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, habia admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en su mismo cuarto hallé en su poder la cifra de inteligencia é instrucciones que recibía de los malvados. Convoqué al exámen á mi

cer muy difíciles de superar. La política exterior seguida por el gobierno de Carlos IV, á la par tímida y desacertada, nos habia puesto á la merced del emperador de los franceses: el favoritismo de Godoy habia obligado al jóven príncipe á buscar un fuerte protector en el conquistador de Italia; y rechazado por su familia pretendia encontrar una nueva negociando enlace conprincesa de la casa imperial de Francia. Todas estas contras tenia que superar el nuevo rey; pero al mismo tiempo contaba con el amor de un pueblo noble, franco, decidido y valiente. Con mas ánimo el rey Fernando, con mas esperiencia quizás, ó con mas hábiles consejeros, hubiera podido oponer constancia invencible á las olas que al pie del trono se estrellaban, y regir con mano segura el roto timon del estado: pero faltaron estas do-

governador interino del consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagacion. Todo se hizo y de ella resultan varios reos, cuya prision he decretado, asi como el arresto de mi hijo en su habitacion. Esta pena quedaba á las muchas que me aflijen; pero asi como es la mas dolorosa, es tambien la mas importante de purgar, é interin mando publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendreislo entendido para que se circule en la forma conveniente. En San Lorenzo á 30 de octubre de 1807.—Al gobernador interino del consejo.» Este decreto se aseguró despues que era del puño del príncipe de la Paz: asi lo atestiguaron cuatro secretarios del rey, mas no obra original en el proceso.

Torero : historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, tomo I, pág. 23 y 24.